

Eduardo Halfon

«Solo escribo, con miedo, lo prohibido»

ENTREVISTA

El escritor guatemalteco presenta hoy en Cálamo, a las 19.30, su nueva novela: 'Duelo' (Libros del Asteroide), la historia de un familiar que murió ahogado en un lago

¿Existe el 'efecto Halfon'?

Eso puede admitirlo o negarlo cualquiera, excepto Halfon. Aunque sí existe un efecto que ese otro Halfon, el Halfon narrador, provoca en mí. A veces ya no sé cuál de los dos fuma, ni cuál de los dos viaja tanto, ni cuál de los dos responde en las entrevistas. **¿De dónde procede esa mezcla de sencillez y de hondura a través de una mirada totalizadora que domina en sus libros?**

Se me ocurre que ésa, precisamente, podría ser una buena definición de la literatura. Así es el oficio literario, ¿no? Crear algo a la vez sencillo y profundo, tan individual como universal. En mi caso, ese oficio tiene mucho que ver con trabajar el lenguaje, lo cual significa no solo limpiar y pu-

lir y atornillararlo, sino principalmente eliminar todo aquello que sobra, que estorba.

¿Cuándo se dio cuenta de que la familia era como un arsenal de historias y secretos?

Nunca fue una decisión consciente, simplemente empecé a narrar así desde el inicio, desde mi primer libro, 'Saturno', publicado en Guatemala en 2003 y el año pasado en Jekyll & Jill de Zaragoza, que es una carta escrita por un narrador que se parece mucho a mí, a un padre que se parece mucho a mi padre. Y ahí sigo, narrando desde ese yo que necesita hablarle a su padre, a su madre, a su hermano, a su hermana, a sus abuelos. Ese yo no existe sin ellos.

¿Qué hay de cierto o de leyenda en la historia de 'Duelo'?

Como en toda historia familiar –en especial las prohibidas–, uno ya no sabe qué es verdad y qué es leyenda. Y esa confusión, justamente, es el punto de partida del libro. El nudo inicial. Pero la historia de Salomón, para mí, sigue siendo un enigma. Y está bien que así sea. No escribí el libro para resolverla o descifrarla o para llegar a saber qué tanto de ella era



Eduardo Halfon indaga en un sombrío enigma familiar. ADRIANA BIANCHEDI

cierto. Esa nunca es la búsqueda literaria que me interesa, sino una mucho más íntima y misteriosa. La historia de toda familia es igual de poderosa.

¿Cómo se le ocurrió esa frase precisa que abre una puerta al misterio: «Se llamaba Salomón. Murió cuando tenía cinco años, ahogado en el lago Amatitlán»?

Fue la primera frase que escribí, tal cual. Es muy raro que eso suceda, que la primera frase escrita se mantenga y termine siendo

la primera frase de un cuento o de un libro. Pero en este caso fue así. La escribí en agosto de 2015, mientras pasaba unos días en Guatemala, y tras una conversación con mi padre sobre la muerte de su hermano Salomón, en la cual él me pedía u ordenaba que no escribiera nada sobre ello. Pero yo solo escribo lo prohibido. Hay que escribir con miedo.

¿Es 'Duelo' una novela de investigación o la crónica de múltiples viajes de la familia?

Es que, para mí, una investigación literaria implica múltiples viajes de la familia. Para entender la muerte de un niño necesito viajar al lago en Guatemala donde se ahogó o donde quizás se ahogó, y al Estados Unidos de mi infancia, y al campo de concentración en Alemania donde estuvo preso mi abuelo polaco. El libro, entonces, es la suma de esos viajes, de esas crónicas.

¿Cómo se alían en su obra los hechos y los símbolos? Pienso en el lago físico y el lago como espejo y abismo sin fondo.

El lago en el libro es tóxico. No purifica. No salva. No es una fuente de vida sino de muerte, o de amenaza de muerte. El agua del lago está contaminada, podrida. Parece tragarse los pequeños cuerpos de tantos niños que en ella nadan. El lago, pues, como sarcófago. Pero el lago se convierte también en un espacio que separa dos mundos: niños y adultos, realidad y magia, memoria y ficción, el lado de los vivos y el lado de los muertos.

¿En qué medida la escritura es una forma de indagación?

La escritura es una indagación frustrada. Uno empieza a escribir sabiendo dos cosas: que está buscando algo, y que jamás lo encontrará. Lo sabe desde el inicio. Entiende perfectamente que jamás resolverá el enigma, que jamás llegará al puerto que se propone, pero igual zarpa de nuevo y se deja llevar y, con suerte, no se marea tanto.

ANTÓN CASTRO